

LA VIDA DISPAREJA

Ana María Sánchez Mora*

I

Toda su vida se había considerado un ser pensante. Por lo menos nadie se lo había rebatido. Es cierto que había ocasiones en que se le podía tachar de irracional, pero no por ello a su pensamiento de inconsecuente o ilógico. La ilógica tiene su propia racionalidad. Entre otras cosas, podía reconocer perfectamente la diferencia entre una chilindrina y una concha.

La concha tiene surcos bien definidos entre adorno y adorno de azúcar y harina. Su color puede ser chocolate, blanco o amarillo. La chilindrina, en cambio, sólo admite dos tonalidades, el amarillo declarado o un blanco amarillento. Además, su estructura ornamental no reconoce el orden, ni senderos, ni límites. Vistas tales características, no le resultaba extraño que hubiese quien prefiriera el orden de la concha al caos de la chilindrina, o viceversa. El sabor era un elemento secundario.

Ella sabía perfectamente que, de regreso de la oficina, con el único y diario encargo de comprar el pan a la pasada, él siempre escogería conchas, dos conchas de ser posible de chocolate, elegidas con sumo cuidado de la charola repleta, cuidando los detalles de forma y tamaño y, con un ligero y discreto apretón de las pinzas, hasta de frescura.

Tal situación, durante años, casi diez, parecía no haberle inquietado nunca a ella, aunque en las raras ocasiones en que le tocaba ir a la panadería, ella, contra los preceptos, elegía dos hermosas chilindrinas amarillas, estridentes, atestadas de gránulos de azúcar, asimétricas y hasta despostilladas de alguna orilla.

Él no dejó de quererla por tan contraria, si bien eventual, elección, ni se opuso a comerlas llegado el caso, como tampoco dejó de quererla por el desorden de sus cajones o la acumulación de libros sobre la repisa contigua al lecho conyugal. Pero de estar en sus manos elegir, él siempre lo haría en dirección del orden y la simetría.

Sin embargo, esa tarde de jueves, cuando él regresó del trabajo y le entregó

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

como siempre apresuradamente la bolsa del pan como si el encargo le quemase las manos, y ella miró su contenido, supo que algo le había sucedido a él. Una chilindrina blancuzca y una amarilla era lo que había traído, adquisición que trastocaba el orden, la costumbre, lo conocido y lo sabido.

Está cansado de comprar el pan, está harto de comerlo, no hubo conchas en la panadería, esto contiene un mensaje. Y frente a las alternativas, se quedó como siempre con la más complicada, inverosímil e inesperada: algo quiere comunicarme.

Esperó prudentemente a que terminara la merienda, pero él no dijo nada, nada esencial. Luego vio las noticias en la televisión y ella estaba segura de que se referiría, como para dar pie a la plática, al caos vial o al violento desorden ciudadano. No emitió ningún comentario.

Acostados ya, sin sueño ella, cada uno con su libro entre las manos, el silencio le pareció insoportable. Y violando la prudencia matrimonial que aconseja no indagar en los sentimientos íntimos del marido, dejó oír un tímido reclamo. ¿Te sucede algo? ¿A mí? ¿Por qué? A punto de contestar, le falló el valor. Quizá el asunto de las chilindrinas era provocador, irracional, hasta ridículo. ¿Por qué?, insistió él, cosa extraña porque no solía preocuparse de las preocupaciones de ella. Y tuvo que contestarle. Es tan extraño, lo del pan. ¿Cuál pan? El que trajiste hoy. No te entiendo. Vinieron a su mente los consejos de su madre, ten sutileza, no lo irrites, sé ecuánime. Las chilindrinas estaban deliciosas, no es eso, pero tú siempre compras conchas. Él dejó el libro sobre su regazo, pues hasta ese momento no había quitado los ojos de la página como era su costumbre cuando ella hablaba. ¿Compré chilindrinas en lugar de conchas?, parafraseó él con tono de inocente ignorancia, como si no las hubiera comido una hora antes. ¿No te diste cuenta? No, dijo él, y dio por terminada la conversación, por llamarla así. Ella no se atrevió a insistir por no molestarlo, y porque la consecuencia directa de cualquier desavenencia tomaba forma de una enterocolitis, si no grave, de algún cuidado, por lo menos en el rubro dietético. Pero en su interior una gran angustia la comía, además de que le era muy doloroso no poder saber lo que le estaba pasando.

Dejó el libro sobre la repisa, abierto y sin cuidar de las hojas que se doblaban, y apagó su lamparilla. Aunque hacía bastante calor esa noche de jueves, sintió frío, o más bien una especie de temblor, quizá de origen nervioso. Trató de dominarlo, como había aprendido, según ella, a dominar su ira y su desesperación ante ciertas circunstancias de la vida. Luego se fue acercando despacio hasta él para que, como todas las noches, le pasara el brazo bajo el cuello. Tardó unos segundos en reaccionar y a ella le parecieron eternos, pero finalmente lo hizo. En ese momento sintió que ese gesto amoroso valía más que cualquier mensaje, inadvertido o no, preparado en una bolsa de pan. Así, pudo conciliar el sueño.

Y soñó, como siempre, que era hombre. Que tenía todos los derechos y nunca se equivocaba. Que su palabra era la que regía. Que no tenía complicaciones sentimentales gracias a su objetividad, a su sentido práctico, a su frialdad ante la vida. Tal vez una muerte un poco antes, un tumorcillo de próstata. Pero nada de lo otro, sangres, sudores y lágrimas toda la vida. Despertó

húmeda, con una inmensa inquietud en el corazón porque algo le decía pide perdón, pero ella no sabía a quién ni por qué.

No podía eliminar de su mente el asunto de las chilindrinas y por su culpa, en el desayuno derramó parte del café fuera de la taza de él. Sin levantar la vista del periódico, murmuró la palabra coordinación. Ella aceptó la indicación reproche en silencio, siempre había sido, no tanto brusca, sino de reflejos poco eficientes. De niña solía caérsele todo de las manos, sobre todo cosas irreparables. Nunca fue buena excusa alegar que soñaba despierta, menos ahora. En la cuestión de los detalles, sin embargo, en otra escala y circunstancia, era sumamente delicada por no decir exagerada. No tanto en el bordado y zurcido y eso a pesar de sus defectos de visión, sino en su profesión de maestra, exigente y a la vez certera en encontrar la coma fuera de sitio, el tiempo verbal impropio, la idea tergiversada, el estilo infame. Los alumnos se sorprendían de su tino al revisar manuscritos de artículos y tesis doctorales cuyos títulos ocupaban media cuartilla, llenos de complicados términos científicos. Era, cualquiera puede concluirlo, una hábil maestra de redacción, pero esta definición laboral no debe por ahora desviarnos del asunto, clave, como se verá más tarde, de la transmutación de conchas en chilindrinas.

Es válido y hasta enriquecedor hacer apuestas respecto a la noche siguiente al jueves de las chilindrinas. Habrá quien apostará por el regreso al orden, quien por la continuación de la sorpresa en forma de quién sabe qué panes ajenos a la idiosincrasia de su comprador. Aquellos que apostaron al orden tendrán su recompensa en la satisfacción de haber tomado el camino correcto. Él regresó el viernes por la noche y allí estaban en la bolsa de papel de estraza las dos conchas de chocolate siempre esperadas, estéticamente satisfactorias, tranquilizadoras. Ella lo besó en la mejilla, suspirando como después de haber sobrevivido a un vendaval caribeño.

Más tarde, metidos en la cama, cada uno con su libro entre las manos, ella musitó te quiero mucho, él no levantó los ojos del libro, no se movió, no dio acuse de recibo. Ella sonrió de satisfacción: la vida había vuelto a la normalidad.

II

Tal vez sea una incongruencia que gente que se dice pensante, racional y lógica, tenga una cierta afición morbosa por la astrología. A partir de Kepler, de Newton y de Lagrange, toda mente ilustrada sabe que la influencia de los astros en las vidas humanas se reducen a simples leyes matemáticas. La gravitación universal, el paso de la Tierra por tal o cual constelación, los giros de la galaxia o algún meteoro, no tienen la suficiente fuerza de persuasión como para que tal niño o niña nazcan más huraños, inteligentes o felices que otros. Se sabe además que las constelaciones que los antiguos griegos vieron no son idénticas a las de ahora y que las de los chinos no tienen que ver con las anteriores. Podría calificarse de lunática a la gente que aún hoy día consulta su horóscopo, de no ser porque la palabra también ha caído en desuso puesto

que la Luna ya no ejerce efecto ni sobre el presupuesto de la NASA y ningún poeta que se llame actual se atrevería siquiera a mencionar al astro.

Con todo, ella había encontrado bajo el signo de Aries todas las respuestas a las preguntas que sobre su carácter y disposición se había planteado a lo largo de su vida. En particular, la volubilidad que la aquejaba tan frecuentemente, los cambiantes estados de ánimo que parecían no tener que ver con los acontecimientos externos y que habían sido en el pasado pasto de sicólogos, sicoanalistas, endocrinólogos y homeópatas, encontraban su explicación en el signo del carnero. Semejante explicación, la más anticientífica e irracional, digna de sorna si se quiere, le ofrecía lo que tantas disciplinas autorizadas le habían negado, la resignación de ser como era y no poder ser de ninguna otra manera y el contento de saberse poseedora, entre otras cualidades, de un don de mando aunque nunca lo ejerciera. Ella se comparaba con la oruga, opaca y despreciable, pero que contenía el germen de algo admirable y maravilloso, y que sólo esperaba a que llegara el momento adecuado para mostrar su verdadero ser. Mientras tanto era dócil, paciente y hasta sumisa, características todas muy apropiadas a su naturaleza femenina y que no despertaban sospechas entre los que la rodeaban. Esa misma naturaleza encubría sus constantes cambios de humor, desde la más llorosa depresión hasta la alegría contagiosa y optimista, como si fueran producto de las hormonas a las que toda mujer entrega parte de su existencia como un involuntario laboratorio experimental y no como lo que realmente eran: notorias señales de pertenencia a su signo de fuego, cardinal y masculino.

¿Y cómo quedaban justificadas las otras características arianas, tan fuertes en ella, tan evidentes para los demás? La creatividad, la entrega en el amor, la sensualidad, la inteligencia, en el lado positivo; y la agresividad, la sumariedad en los juicios, la imposibilidad de matizar entre el negro y el blanco, en el lado negativo, ¿cómo explicarlo todo sin recurrir a lo astral?

Aries, dominado por Marte, planeta de la acción, de la energía, del valor, de la voluntad, de la ambición y también de la guerra, de la cólera, de la venganza. Signo masculino de personalidad colérica y extrovertida. Cuántas veces, siendo adolescente, deseó ella ser hombre y tener esa fuerza para dominar, esa libertad para dejar fluir su cólera y llevar a cabo la venganza, esa ambición para llegar a algo que entonces no conocía. Y no era, Freud nos libre, ningún complejo de castración ni envidia por órgano alguno, pues amaba su cuerpo tal y como le había tocado aun sin descubrirlo. Era un ímpetu interno que no podía manifestarse salvo en secreto, a solas con su padre, de inteligencia a inteligencia, en el pequeño reducto de la intelectualidad compartida. Pero fuera de ese ensueño, contabilizable en minutos, donde ella era igual a él, igual al hombre que era su padre, estaban las faldas, la discreción, la prudencia y la tolerancia, porque una no debía, no podía negar sus dos cruces, sus dos cromosomas X. Pararse frente al espejo, admirar las curvas y la suavidad del cabello, amarse y detestarse al mismo tiempo porque hay algo indefinido que la molesta, no en el cuerpo sino en la cabeza, en los pensamientos. Y no poder decírselo a nadie, ni a las hermanas ni a la madre, sino mucho tiempo después y no mediante la palabra hablada sino escrita.

Aries, hombre o mujer de acción. Descubrir su facilidad de expresarse mediante la escritura la transformó en una mujer menos insegura, niña todavía a los diez años cuando escribió el primer poema, una trivialidad si se quiere, pero germen de sus inquietudes. La posibilidad de comunicarse, de trasladar las ideas a palabras visibles, le quitó la angustia original que, como el pecado así calificado, estaba presente en ella desde su nacimiento. Ese primer poema y las novelitas que le siguieron, producto de los primeros años y que el tiempo caritativamente se encargó de desaparecer, fueron su bautizo, su entrada al mundo. A partir de entonces y gracias a su viva fantasía, supo que le era posible componer la realidad, inventar otros espacios y seres y jugar con el tiempo.

III

Producto de esa habilidad para redactar, dejando de lado su labor profesional y sin contar los intentos juveniles, eran cuatro novelas, cada una más acabada y compleja que la anterior, todas de tema amoroso y las tres últimas de corte policiaco. Y no era que le quedara mucho tiempo libre después de atender a sus alumnos en la universidad y al marido en el hogar, pero siempre se las había arreglado para escribir, de ser posible de corrido y siempre obsesionalmente.

A reserva de que tales novelas, o novelitas porque nunca pasaban de las ciento veinte páginas a doble espacio y por una sola cara, sean conocidas por el público, pues hasta ahora ella no ha corrido con suerte editorial, debe conocerse en privado la reacción del marido, su más fiel crítico, al leer tres de ellas. El amor de una adolescente por un hombre mayor era el tema de la primera y fue recibida con mucha desconfianza y hasta agresión, porque él siempre creyó que la protagonista no era ficticia sino real, ella misma, y que había vivido una pasión ilícita en sus años juveniles. Nunca pudo convencerlo de que no era una confesión sino una invención alrededor de un tema, para ser críticos, bastante trillado. Se atrevió a enviarla a un concurso de primera novela y por supuesto, perdió.

La siguiente obra, llamémosla así por mínima cortesía, policiaca por pura casualidad, relataba la truculenta muerte de un cantante de lieder schubertiano a causa de un asunto banal. La protagonista, detective a su modo, al investigar el crimen daba con la vida secreta del cantante: un amorío con una mujer casada.

Dada la novedad, pues la novela se desarrollaba en Munich, ciudad en la que ella nunca había estado, el marido no le puso objeción salvo que al citar ciertos versos de Heine pertenecientes al ciclo del canto del cisne, había ella incurrido en errores de ortografía alemana. Pero para eso se habían inventado las gomas, los líquidos cubre errores, los procesadores de palabras y en el peor de los casos, existía el pedestre recurso del tachón. Esa novela no fue enviada a concurso por razones que aún se desconocen.

Anticipando disculpas por lo excesivo de la enumeración, llegamos a la tercera novela. Esta vez el muerto no era un cantante sino pintor y cualquier psicoanalista habría visto aquí una obsesión por la muerte violenta de los artistas, pero no la leyó ningún miembro de ese gremio. El motivo de la cuchillada asestada por la espalda en un callejón de mercado un viernes santo, era la traición.

El marido la leyó con dificultades alegando que tenía mucho trabajo, pero ella intuyó cierta molestia puesto que él solía pintar en sus ratos libres y se había identificado quizás con la víctima. Se la dio después a leer a un compañero de trabajo quien la alabó como una novela amena, original y hasta divertida, en la medida que el crimen pueda serlo, pero a la que según dicho colega le faltaba una reunión posmortem con los sospechosos para desembocar en un final sorpresivo.

Aunque todo lo dicho sobre la incipiente obra novelística de ella pueda parecer tedioso y hasta grosero, tal prolijidad no ha sido en vano, pues la cuarta y última obra es como la nota clave de una frase musical a la que todo esfuerzo armónico y melódico tienden. Trataba, dicho brevemente, del adulterio, pero visto desde la perspectiva de la otra, la amante. Ésta tuvo gran éxito entre sus amigas pues todas tenían alguna queja respecto a la conducta masculina antes, durante, después o en lugar del matrimonio.

Él la empezó a leer y a la tercera página la arrojó lejos de sí. Se había encontrado descrito en el personaje masculino principal y su protesta tenía que ver con el nombre con que supuestamente había sido bautizado en la novela, confundiendo realidad con ficción, narración con vida. Claro que nadie, salvo un ser extremadamente suspicaz, se ofusca y ofende por ser llamado de ésta o de otra manera, sobre todo si quien ha escrito la obra afirma contundentemente que la ficción, ficción es. Lo que pasa es que él y ella, marido y esposa, hombre y mujer, compartían un penoso, mas no por ello menos placentero secreto: el adulterio, en sus modalidades de premeditación, alevosía y ventaja. Pero no es el momento todavía de relatar esa historia pasada, teñida de inmoralidad y calificada por cierto sector de la sociedad constituido por ex cónyuges, de infamante.

En esa novela, el corte policiaco era más bien pálido, porque si bien había un muerto, el protagonista, había fallecido de muerte natural. La intriga consistía más bien en la recuperación o mejor dicho reconstitución del carácter del occiso, pues en vida sólo había mostrado una de sus caras. Pero lo que aquí importa es el rechazo del marido, reacción que, dada la brevedad de la lectura, parecía exagerada por no decir gratuita. Y es que ella por casualidad, por mero azar, tuvo acceso a evidencias de que él, a escondidas, la había leído, releído y hasta aprendido de memoria, aunque ante ella, la escritora que lo había descubierto gracias a un hábil interrogatorio desencadenado por un desliz verbal, lo negó con tal insistencia que acabó, no por convencerla, sino por hacerla alzar la voz en señal de victoria.

Tal vez sea apropiado aquí mencionar la forma en que el marido fue descubierto en falta, más bien en posesión de información que negaba conocer. En una de las escenas se hacía mención a cierta obra de Brahms cuyo opus y

número desconocía ella, de modo que se le hizo fácil asignarle una opus X y un número Y. Poco después de que él rechazara el escrito, y en el momento mismo de poner en el tocadiscos un trío de otro autor, el subconsciente lo traicionó y dijo de pasada, por cierto, el trío de Brahms es el opus W y no tiene número. Cómo lo sabes, cómo sabes que aparece un trío de Brahms si no la has leído, contestó ella con la velocidad del que vive pendiente de los deslices de los demás. En ese momento revelador él pudo haber dicho o confesado, sí, acabé leyéndola, pero no pudo o no quiso enfrentar su debilidad y con tono de gruñido contestó de qué me estás hablando. De la novela, de qué otra cosa puede ser. Por qué me dijiste que no la habías leído. No la leí, siguió él obcecado. Entonces cómo puedes saber lo del trío de Brahms. Cuando la dejé, dijo con indignación desesperada, quedó abierta en cierta página y alcancé a ver de reojo ese punto en particular. Entonces, continuó ella como el gato que juega con el ratón atrapado, crees que debo anotar el dato correcto. Sí, dijo él hundiéndose más en la arena, en ése y en todos los otros lugares donde lo citas. La leíste, la leíste, gritó ella contenta de trocar la indiferencia por interés inconfesado.

Pasaron dos días en que él no le dirigió la palabra, tan sentido estaba, salvo para asuntos domésticos y utilitarios. Al cabo de ese tiempo ella, como siempre, se acercó con ánimo conciliador. Tuve miedo de que ya no te interesara lo que escribo. Él se hizo a un lado, moralmente claro, y contestó que por supuesto que le interesaba, pero sólo las cosas serias que ella era capaz de escribir. No se habló más de la novela ni de la semejanza de ese argumento, el ficticio de la vida real, con uno de Tanizaki, el de *La llave*, con la única disparidad o inconveniente de que el primero no concluía eróticamente.

